

LA LÍRICA DESDE 1940 A LOS AÑOS 70

Acaba la Guerra Civil, la sociedad española se encuentra convaleciente de las heridas del conflicto. Muchos escritores fallecieron o se exiliaron. La censura, impuesta durante los años de la Guerra y en la posterior dictadura, dificultó el desarrollo cultural español. Si bien en el periodo anterior habíamos vivido nuestra “edad de Plata”, gracias a una extensa nómina de autores de gran calidad, la falta de libertad de expresión hizo que, en muchos casos, solo aquellos textos que eran afines al régimen obtuvieran difusión, lo que conllevó la censura de la práctica totalidad de los autores del 27.

Las tres que nos ocupan fueron décadas de lenta reconstrucción económica tras el drama de la guerra. Si bien, en lo cultural no sucedió lo mismo. La apertura a Europa nos hubiera permitido enriquecernos con los diferentes movimientos de vanguardia, y con los herederos de estos. Eso no fue posible, dado que las fronteras fueron cerradas y España se convirtió en un estado autárquico.

No fue hasta los años sesenta que fue posible alcanzar un nivel algo superior de bienestar económico. Esto impulsó la formación de una clase media que es, casi sin excepción posible, la que consume literatura, en cualquiera de sus formas y géneros. Esto llevó aparejado, conjuntamente con la mejora de los medios de transporte y el descenso de los costes de edición, un despertar de la Literatura española.

La “Ley de Prensa e Imprenta”, en 1966, propició una mayor apertura cultural: se relajó la censura y comenzaron a verse las líneas de lo que, poco después, vendría a ser la transición democrática. Aunque con cierto retraso, comenzaban a asumirse los avances que en Europa estaban aplicándose. También nuestra relación con Latinoamérica pasó a ser creciente y todo ello enriqueció nuestro panorama literario.

Centrándonos ya en la poesía de postguerra, diríamos que desde el final de la Guerra Civil y hasta la actualidad, la poesía ha atravesado fases muy dispares: de la poesía de evasión se pasó al compromiso social, pasando por la poesía pura y esteticista. Previo paso, cómo no, por cierto esteticismo gratuito y experimentación vanguardista. Las circunstancias histórico-sociales de la vida española determinaron estos cambios.

En la década de los cuarenta, prosperó una poesía de corte neoclásico, de exaltación nacionalista y de evasión. Las revistas fundamentales de esta corriente poética fueron “Escorial” y “Garcilaso”. Frente a ella, la poesía existencial expresó la angustia vital del ser humano, y las nuevas propuestas vanguardistas mantuvieron la continuidad de la poesía de preguerra. Destacan Luis Felipe Vivanco o Leopoldo Panero. En paralelo a esta poesía de corte neoclásico, surge otra “desarraigada”, que está al margen de los conductos oficiales. Aquí enmarcamos a Eugenio G. de Nora o José Luis Hidalgo, que se suma a Dámaso Alonso (Los hijos de la ira).

En los años cincuenta triunfa definitivamente, heredera de la poesía desarraigada, la poesía social. Es un arma ideológica y de denuncia de las injusticias. Destaca José Hierro: su poesía es de corte testimonial, fundada en el tiempo personal, con inclinaciones colectivas y sociales. Otro autor representativo de esta dinámica es Gabriel Celaya (“Tranquilamente hablando”, “Cantos Ibero”...). En esta misma línea se consolida Blas de Otero que pretenden sacudir conciencias y compartir con el resto de la humanidad su tragedia viva. En contraposición a revistas como “Garcilaso”, estos autores contarán con la revista “Espadaña”.

Por último, en la década de los sesenta, la poesía se centra en el individuo, aunque relacionado con lo social. Los autores más relevantes son José Ángel Valente, cuya poesía constituye llegar al conocimiento poético y personal, y Ángel González que, partiendo del amor, trasciende hacia preocupaciones colectivas.

@ Fernando Fedriani